

America: il racconto di un continente

América: el relato de un continente

a cura di | editado por Susanna Regazzoni, Fabiola Cecere

Todo sobre mi hermano

Ernesto Guevara en el espacio de la intimidad

Flavio Fiorani

Università di Modena e Reggio Emilia, Italia

Abstract *Che, My brother* by Juan Martín Guevara and Armelle Vincent springs from a testimony that embraces family history and big history, biography and self-fiction. Che Guevara's biography is the narration of a life propelled by a drive for justice. With this book Juan Martín sets his own story in motion, finds the texture of his life and retraces his traumatic past, charting the casual order of his memories. Juan Martín's memoir reveals the doubling of every autobiographical adventure; it reconstructs Che's personal journey far from the myth, and inevitably halts in front of the impossibility of transferring such an exemplary life.

Keywords Ernesto Che Guevara. Biography. Self-fiction. Memory. Traumatic past.

Sumario 1 El juego sutil de la autoficción. – 2 El mandato familiar activa el teatro de los recuerdos. – 3 Lo íntimo como impronta del relato. – 4 Viajar por América, habitar el margen. – 5 Escribir y dar testimonio.

1 El juego sutil de la autoficción

Biografía y a la vez autobiografía, *Mi hermano el Che* trae en la portada los autores de la edición original *Mon frère, le Che* (Calman-Lévy, 2016): la periodista francesa Armelle Vincent y Juan Martín Guevara. Es un texto en el que el hermano menor narra la vida del Che y trae al presente el pasado personal y familiar. Relato oral de Juan Martín volcado a la página por la periodista, el libro nos cuenta acerca del trabajo de hacer de lo biográfico una forma en la que predominan las vivencias familiares y donde el Che, más que un guerrillero heroico, es hijo, hermano, adolescente, lector, viajero.



Edizioni
Ca' Foscari

Biblioteca di Rassegna iberistica 14

e-ISSN 2610-9360 | ISSN 2610-8844

ISBN [ebook] 978-88-6969-319-9 | ISBN [print] 978-88-6969-320-5

Peer review | Open access

Submitted 2019-02-06 | Accepted 2019-02-26 | Published 2019-05-14

© 2019 | Creative Commons Attribution 4.0 International Public License

DOI 10.30687/978-88-6969-319-9/013

155

El pacto de lectura que el *memoir* establece con su destinatario exhibe los rasgos que –según Philippe Lejeune (1994)– tiene todo texto autobiográfico caracterizado por su relación triangular (y su mayor o menor coincidencia) entre narrador, autor y personaje, en un sutil juego de posicionamientos que marca la autoficción de Juan Martín Guevara.¹ En contra de toda monumentalización del Che que ha transformado al hombre real en artefacto cultural, el relato es una «estructura de sentimiento» en el sentido que le asigna el teórico de la cultura Raymond Williams: «pensamiento tal como es sentido y sentimiento tal como es pensado» (1988, 155). Igual a lo que ocurrió con Eva Perón (ambos se originan de la invención de una mitología política), con el Che se dio una «estructura del sentir» que todavía está en proceso y es justamente desde aquí que –siguiendo a Williams– puede rescatarse la noción de sentimiento.

El Che se instaló de inmediato en el imaginario social y cultural, su figura dio lugar a una trama cultural y marcó diferentes tipos de textos trabajados a partir del discurso histórico y de lo privado (las biografías de Jorge G. Castañeda, Jon Lee Anderson y Paco Ignacio Taibo II, los testimonios del padre Ernesto Guevara Lynch, Hilda Guevara y Alberto Granado entre otros) que trataron de rehumanizar el mito por la vía literaria. Lejos de ser consideradas ‘contenidos de verdad’, dichas narrativas dan cuenta del proceso de hibridación de narraciones acerca de un personaje histórico que sigue rodeado de un halo mágico. En el imaginario social el Che está de moda, en tanto figura por un lado caracterizada por un exceso de sentido totalmente desvinculada de sus valores y de su tiempo y por otro es percibida como un símbolo de lucha por la justicia social.²

En dar primacía al trabajo de la memoria y armar un relato vivencial para encontrar el personaje íntimo y devolverle un rostro humano, *Mi hermano el Che* puede desconcertar a un lector que, como yo, por razones anagráficas no escapa a la tentación de establecer una relación entre la biografía del Che y su propio imaginario autobiográfico. Para quien ha pertenecido a la «izquierda neanderthaliana de los 60» (Taibo II, 92), este libro tiene bastante poco que ver con el ícono

1 Pertenece a Philippe Lejeune la definición canónica de la autobiografía basada en la noción de «pacto autobiográfico» y la relación que la autobiografía propone a su lector en términos de identidad entre autor y narrador: «relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, cuando pone el acento en su vida individual, en particular en la historia de su personalidad» (Lejeune 1994, 25).

2 Afirma el historiador Jon Lee Anderson: «La faccia del ‘Che’ è di per sé un marchio e un simbolo globale di una sfida allo status quo, della ribellione pura, soprattutto giovanile, contro le ingiustizie. È il volto dell’indignazione contro un mondo pieno di disuguaglianze in cui – dicono il volto e l’eredità del guerrigliero – bisogna prendere posizione e, se serve, combattere fino alle estreme conseguenze. Ci sono pochi altri volti in grado di esprimere un messaggio simile. In parte è per questo che il mito di Guevara è ancora vivo» («Cosa resta oggi del mito di Ernesto Guevara». *Internazionale*, 1226, 13 ottobre 2017, 31).

de la cultura pop. Presenta al Che antes de que se convirtiera en el Che, quiere devolverle un rostro humano que nada tiene que ver con el 'Santito Che' o el *merchandising* de la campaña publicitaria de 2012 en la que Mercedes Benz había reemplazado la estrella de su boina por el logo de la firma de automóviles alemana. El *memoir* de Juan Martín Guevara incita a desvincularnos de la imagen del Cristo laico, de su rostro light y nos sugiere que en el humor mordaz que caracterizaba a Ernesto Guevara hay un hombre no menos real que el Che que en tras sólo once años de vida política se había vuelto material simbólico de la tan ansiada revolución latinoamericana. Sin olvidar que en la proliferante multiplicidad de imágenes y relatos, en la lucha de sentidos que se ha entablado en torno a él, y tal como lo prometiera Eva Perón (Cortés Rocca, Kohan 1998), también el Che ha vuelto y es millones en *posters* y camisetas.³ Sigue interpelando a los jóvenes de todo el mundo con su humor mordaz en el conocido cartel con la leyenda «Compañeros: tengo un póster de todos ustedes en mi casa. Che».

2 El mandato familiar activa el teatro de los recuerdos

Rememoración de un pasado, testimonio que anuda una trama de acciones y de sentidos privados y públicos que escapan al inquebrantable estereotipo del ícono del guerrillero heroico, el libro cobra su calidad poética en su valor memorial, en el deseo de narración que aún a biografía y autobiografía. Es un logrado intento de establecer una 'verdad biográfica' de la que participa también la periodista francesa que reescribe el relato oral del hermano del Che.

Relato vivencial impulsado por una vocación de justicia y un alcance ético, el principal atractivo del libro está en la idea de una intimidad compartida, en la cercanía entre el autor, el lector y el biografiado. La puesta en forma de la singularidad de la vida de Ernesto Guevara (una vida con otros y no solamente una vida para otros) y su entorno familiar suscita lazos de complicidad, y una virtual sintonía entre el autor y el lector atraído a participar de esa 'intimidad entre extraños' que genera toda biografía con su capacidad de activar el teatro de los recuerdos. Traer al presente vivencias dolorosas y un pasado con su carga simbólica y traumática define un testimonio centrado en ese pasado por su cualidad misma, por lo que ha dejado como marca, como huella imborrable de una existencia. Narración de

³ Marco Belpoliti señala la muestra reciente de la transformación de la figura de Ernesto Guevara en el imaginario social en el mural de los edificios de diez pisos ubicados en el barrio de San Giovanni a Teduccio en Nápoles. En el doble retrato hay un Che guerrillero y revolucionario y otro Che representado como ícono de la juventud, de una rebelión que ha dejado de ser política y se ha vuelto estética: el *brand* Che como ícono de la juventud y símbolo de belleza que desafía al tiempo («Una fotografía». *LEspresso*, 42, 14 ottobre 2018, 310).

una experiencia humana y de la temporalidad, el *memoir* quiere también responder a la pregunta sobre cómo fue el Che y de dónde venía, de qué entorno familiar, de cuáles experiencias surgió una identidad que el libro rescata con «la mediación del discurso indirecto de la narración» (Ricoeur 1985, 435).

Cuando la familia Guevara de la Serna se enteró por la prensa de la muerte del Che guardó silencio. Su muerte fue el trauma de lo indecible. Su cuerpo (ese gran significativo político disparador de sentidos) por casi medio siglo ha sido un 'desaparecido'. La narración o el recuerdo de su vida quedaron supeditadas a un quiebre de la comunicabilidad. Con su viaje a Bolivia en 2014 Juan Martín reactiva la experiencia del duelo y la posibilidad de construir intersubjetivamente un relato de vida. El viaje define el marco en el que situar el relato: la construcción del yo autobiográfico produce una autoficción fundamentada en el saber de un narrador que vivió y participó de los hechos. De ahí surge el intento de recomponer una trama familiar fracturada mediante un relato de vida sostenido en una hermandad intensa y especial. Cincuenta años después, el hermano menor activa un ejercicio narrativo para arrancar un simulacro de su inconsistencia y restablecer el sentido de una vida. La primera persona se apoya en una idea de verdad sostenida en el hecho de que en la base de ese yo hay un otro, un otro colectivo, una herencia y un mandato familiar con el que rescatar los detalles de una trayectoria, reconfigurar la semblanza del Che y hacerse custodio de sus historias de vida, con la presencia de Ernesto adentro y afuera del entorno de los Guevara de La Serna.

Configurar un «espacio biográfico» (Arfuch 2002) que privilegia lo vivencial, y dar primacía al relato vivencial de la experiencia con la puesta en orden narrativa y ética de la vida del Che, significa devolverle un rostro humano:

Ernesto era un hombre. Hay que apearlo del pedestal, darle vida de nuevo a la estatua de bronce para perpetuar su mensaje. El Che habría detestado el estatus de ídolo. (Guevara, Vincent 2016, 14)

Desplomado en el sitio donde el Che estuvo sentado en la Quebrada del Yuro, el relato sobre el hermano se activa cuando aparecen imágenes del pasado: Juan Martín imagina «su rostro tan bello, su mirada hipnótica, su sonrisa maliciosa» (Guevara, Vincent 2016, 15), oye su risa contagiosa, su indefinible inflexión. Por fin el biógrafo encuentra el sentido del ahora y del entonces que sólo la narración hace posible. De la tensión que se abre entre el presente y los fragmentos del pasado surge la comunicabilidad, la ilusión de restaurar una presencia, de hacerle justicia, y hablar en nombre del Che, recomponiendo un pasado fracturado siguiendo el orden errático de la memoria personal. El yo del biógrafo frente a sí mismo debe cruzar el límite de la escri-

tura íntima y dar testimonio de sí mismo a quien quiera acompañarlo en la historia de la vida del Che. Ser también el narrador de sí mismo. Y ver, con una libertad imprevisible, lo que antes era invisible: el rostro del hermano mayor y su propia biografía, su devenir «nei segni e nelle orme lasciati fino a quel momento dal suo cammino incerto nel tempo, passo dopo passo e caduta dopo caduta» (Escobar 2006, 133).

Como todo relato que implica su organización como ficción, el *memoir* exhibe el desdoblamiento que supone toda aventura autobiográfica (Forest 2004, 53). Si bien es cierto que a cada uno le resulta familiar el trabajo narrativo de la memoria que involuntariamente sigue relatándonos nuestra historia personal, el descubrimiento de un sí narrable es para el biógrafo la culminación de una larga travesía:

He esperado cuarenta y siete años para ir al lugar donde asesina-ron a mi hermano Ernesto Guevara. [...] Me compré un par de deportivas nuevas para bajar a la Quebrada del Yuro. Es una profunda garganta, que cae a plomo por detrás de La Higuera. Estar aquí es para mí muy difícil, muy doloroso. Doloroso, pero necesario. Es una peregrinación que llevo dentro de mí desde hace años. Me ha resultado casi imposible venir antes. Los primeros tiempos, era demasiado joven, no estaba aún bien preparado psicológicamente. Después, la Argentina del golpe cívico-militar de 1976 se convirtió en fascista y represiva y estuve prisionero durante casi nueve años en la cárcel. Aprendí a mantener un perfil bajo: en el clima político de mi país, estar asociado al Che Guevara fue durante mucho tiempo peligroso. (Guevara, Vincent 2016, 11-12)

Transitando de la Historia a la historia de una familia, el relato emprende una peregrinación en el mar de la vida pasada, está impulsado por el deseo de rescatar la totalidad de una vida quebrada en una aldea perdida del sur de Bolivia. Con una confesión que trae al presente una memoria traumática:

Ser el hermano del Che nunca ha sido anodino. Cuando la gente se entera, todos se quedan atónitos. Cristo no puede tener hermanos. Y el Che es un poco como Cristo. (14)

Crecí a la sombra de Ernesto. Nunca pude evitarlo. Hasta 1956, solo era Juan Martín Guevara, Patatín o Tudito, como Ernesto me había apodado. A partir de 1957, me convertí en el hermano del revolucionario Ernesto Guevara, compañero de Fidel Castro y guerrero intrépido; es decir, me convertí en el hermano del Che. Luego, en hermano de una leyenda. Aprendí a vivir con eso. No siempre fue fácil. Su presencia siempre me alegraba: su costumbre de viajar constantemente hacía que luego fuera una alegría verlo en casa... Su muerte me destrozó. Siempre digo que de alguien tendría

que ser hermano. Me desprendí de la imagen casi irreal del hombre público, del icono. Tenía que ser así. (84)

La escritura atestigua que el pasado fracturado del biógrafo no siempre logra recomponerse en un orden (Rella 2004, 94), y el intento de hacer justicia a una trayectoria es narrado como un ir y venir de la vida del hermano menor a la vida de Ernesto. El viaje por tiempos, personajes, lugares, acontecimientos activa el doble juego entre la escritura de sí y la identidad narrable del hermano. La especificidad de lo autobiográfico supone un efecto de (auto)reconocimiento que da lugar al carácter esencialmente narrativo y testimonial de la identidad y del relato (Arfuch 2002, 92-6).

Aunque la construcción del yo autobiográfico produce una autoficción fundamentada en el saber de un narrador que vivió y participó de los hechos, el flujo de la recordación choca contra un 'imposible' del que la escritura quiere dar testimonio: «Está claro que yo no soy Ernesto, pero puedo - y debo - ser una herramienta para divulgar su pensamiento y sus ideales» (Guevara, Vincent 2016, 17). Dicho imposible trae consigo el desdoblamiento del sí característico de los géneros biográficos y equipara - lo advertía Bajtín (1982) - al biógrafo y al autobiógrafo. El primero para construir su personaje debe realizar una inmersión en la vida del otro; el segundo, al objetivar su relato, realiza un extrañamiento de sí para verse con los ojos del otro (Ricoeur 1993), para dar testimonio de sí mismo a otro (Rella 2004, 107).

3 Lo íntimo como impronta del relato

Tal como lo expresa Adriana Cavarero (1997, 46) en su libro *Tu che mi guardi, tu che mi racconti. Filosofia della narrazione* es el deseo que establece una fuerte relación entre identidad y narración. La filosofía reconoce que hay una ética del don en el placer del narrador. Y si, como afirma Hannah Arendt en *Vita activa* (1989), dejar trazado un destino, una figura irrepetible de nuestra existencia es la única aspiración que nos hace dignos del hecho de que la vida nos haya sido dada, nada responde mejor al deseo humano que el de contar o que nos sea contada nuestra historia. Incluso antes de revelar el significado de una vida, la biografía reconoce el deseo. Es allí donde aparece la pregunta por quién es el hombre Ernesto Guevara. Ese deseo, o pregunta, o necesidad es el de escucharse, reconocerse, descubrirse a sí mismo y tener un rol de difusor a través de la historia que el Che nos ha transmitido con su vida ejemplar.

En tanto desdoblamiento del sí característico del género biográfico, el *memoir* de Juan Martín aúna el deseo de narración y el deseo del cuento de su propia historia que, como toda escritura biográfica, denuncia una estructura tropológica. El relato de vida no puede dejar de

mencionar las diferencias entre él y los hermanos. Si bien en cuanto hijo Juan Martín no es dueño de su origen, o sea que en su origen hay un otro, como hermano menor reivindica la libertad y el derecho a ser distinto de los demás, a no ser habitado por el otro, a vivir su propia vida:

Yo era el único de los hermanos que se negaba a hacer una carrera universitaria, fuera la que fuera. Ernesto era médico; Roberto abogado; Celia y Ana María, arquitectas. Mi deseo era ponerme a trabajar cuanto antes y convertirme en proletario. (Guevara, Vincent 2016, 38)

En dar primacía al «valor biográfico» tal como lo pone de manifiesto Bajtín en su *Estética de la creación verbal* (1982), *Mi hermano el Che* privilegia la impronta de lo íntimo. Lo privado fundamenta el valor memorial del relato y la trayectoria del Che no puede desvincularse del medio familiar. Para reconfigurar el vínculo entre espacio privado/familiar y la imagen pública del Che, la narración utiliza las cartas de Ernesto a la familia en sus viajes por América, los testimonios de amigos, ofrece croquis de la heterogénea familia Guevara de la Serna, menciona los amores juveniles del hermano mayor, su conflicto interior que se manifiesta en la disyuntiva entre descubrir el mundo o cambiarlo, habla de la manifestación de los sentimientos, menciona la separación de los padres, cita las cartas de la madre a Ernesto, brinda fotos de la familia. Son materiales heteróclitos que marcan la narración, impulsan el vaivén de los recuerdos y estructuran un viaje por lugares, tiempos, personajes conocidos, amigos, políticos, parientes. Al enfatizar la impronta de lo familiar en el devenir individual, la vida singular de Ernesto Guevara encuentra su razón de ser en lo no oficial, en lo privado. El *memoir* exhibe su valor dialógico y trabaja las escrituras íntimas: las cartas que Ernesto escribe a la familia y al hermano menor cuando está de viaje y el efecto de (auto)reconocimiento que se expresa en el carácter narrativo y testimonial del relato.

Construir el personaje Ernesto Guevara con el flujo continuo y subjetivo del recuerdo supone traer al presente lugares físicos y simbólicos, evocar un medio familiar con sus profundas raíces argentinas (o sea criollas e inmigratorias) y muy excéntrico, fuera de lugar. Ernesto Guevara Lynch y Celia de la Serna

tenían una sorprendente capacidad para romper con el orden establecido, con todo lo que se esperaba de ellos. Si bien ambos provenían de familias acomodadas y conocidas, formaban una pareja de excéntricos pelados y siempre en busca de cómo resolver sus problemas de dinero. De conservadores no tenían nada. Más bien al revés: vivieron una existencia bohemia y liberal, en perpetuo movimiento, económicamente precaria, muy alejada de la que tuvieron sus padres. (Guevara, Vincent 2016, 50)

Son un clan itinerante opuesto a la convencionalidad burguesa, se proclaman recinto cerrado que estimula la obligación de vivir espacios abiertos y promueven valores como libertad, errancia, experiencia del mundo. Padres extraordinariamente exigentes educan a los hijos a estudiar, saber, dudar, resolver solos los problemas. Repiten una y otra vez que la vida iría enseñándoles, que no tienen derecho a fracasar, perder, abdicar o quejarse:

Todo podía, incluso debía discutirse, argumentarse. Se alentaba el espíritu crítico. Nos enseñaban a no aceptar nunca a ciegas un dogma, una creencia particular. Todo pasaba por la polémica. (74)

Los Guevara de la Serna son una familia marginal, anticonvencional, incuestionablemente comprometida y activa, regida por un fuerte mandato moral: «En ese ambiente familiar hiperpolitizado germinaría el Che» (75). La enfermedad de Ernesto los transforma en nómadas que nunca tuvieron estabilidad financiera y en los primeros años viven al ritmo de los ataques de asma del hijo mayor. Tras años en las sierras de Córdoba, llegan a Buenos Aires para asentarse en una antigua y mal conservada casa en el 2180 de la calle Aráoz, que marcaba una frontera entre la civilización (el barrio de clase medio-alta de Palermo) y los arrabales de mala fama con su mercado de pulgas. La familia vive en un ambiente «a medio camino entre el desorden y el desbarajuste» (91):

Nuestra familia no llegaría nunca a echar raíces en ninguna parte, a tener un lugar del que pudieran decir 'es nuestra casa, aquí hemos echado el ancla'. (61)

Era una casa de chalados: a todos, absolutamente a todos nos falta un tornillo, bajo la batuta del jefe de los locos, mi viejo. Nos chinchábamos unos a otros, nos peleábamos, nos sacábamos de nuestras casillas. No nos aburríamos nunca. Todo lo contrario, que bien lo pasábamos! (65-6)

En una casa destartada y llena de libros, Ernesto (como su hermana Celia) es una auténtica máquina de leer, anota todas las obras, lee mucho en francés, desarrolla desde su más tierna infancia una sorprendente disciplina de lectura aprovechando los momentos en que se encuentra postrado en la cama por el asma. Al recordarlo como «el bromista que me había iniciado en las novelas de aventuras de Emilio Salgari y Julio Verne» (26), el *memoir* enfatiza el papel de la lectura como transmisión de una experiencia entre hermanos y describe el acto de leer como una marca imborrable de la vida familiar y la personalidad de Ernesto que lee ficción para estar en un lugar íntimo, personal, solitario. Metáfora de la actitud de situarse en los márgenes (del medio familiar como de todo tipo de convenciones), la escena

de Ernesto lector, descifrador – sinécdoque o alegoría del intelectual en el sentido moderno (Piglia 2005, 103) – da cuenta de su actitud de enfrentarse con el mundo en una relación mediada por el saber. Lector que considera la ficción como espejo de la experiencia y modelo de vida, y trabaja la lectura como construcción del sentido, Ernesto aprende en casa y en sus viajes a ligar vida y lectura, goza de las múltiples posibilidades del acto de leer, cultiva la tensión entre lectura y experiencia. Devorador de ficciones (igual que los hermanos Roberto y Ana María), encuentra en una escena leída un modelo ético, una conducta y considera la ficción como epifanía, como algo que establece la necesaria tensión entre la enseñanza y la vida.

Desde el lado de su marginalidad en la familia, el biógrafo en cambio recuerda su diferencia para con los demás:

Roberto estaba estudiando en la Facultad de Derecho. Celia, matriculada en Arquitectura. Ana María, en secundaria, y yo, en la escuela primaria. Trabajaba mal. Ya por entonces, los estudios no eran lo mío. Yo era una anomalía. Prefería la escuela de la calle y el balón. Ernesto estaba preocupado por mi falta de entusiasmo escolar. Me amonestaba sin parar: «Hay que trabajar, estudiar, aprender», me insistía. (Guevara, Vincent 2016, 103)

En la familia Guevara los signos de identidad se manifiestan también con los signos de heterogeneidad entre los hermanos. Para Juan Martín la articulación de la biografía personal se da en contraste con las trayectorias de los hermanos y en lo que hace a los estudios oscila entre el devenir-otro y el vínculo familiar.

4 Viajar por América, habitar el margen

Del joven Ernesto que emprende su viajes como corte, rechazo, fuga de las convenciones y el medio familiar por los caminos de Argentina y de América, el relato señala los efectos de su ausencia. Su escritura íntima mantiene vivos los lazos familiares. La familia intenta descifrar su letra ilegible y las cartas del viajero se leen en voz alta:

Ernesto nos mandaba cartas; algunas dirigidas a toda la familia; otras, a una sola persona. [...] Aunque nos escribiera a uno solo de nosotros o no, el resultado era el mismo: cada carta era un acontecimiento que reunía a su alrededor a toda la familia. [...] Uno de nosotros – por lo general, mi padre o mi madre – leía las cartas en voz alta, tropezando constantemente en las palabras, intentando adivinar lo que decía. [...] Las llamadas telefónicas eran impensables, por lo caras que resultaban. [...] Por eso no oímos la voz de Ernesto durante largos años. (Guevara, Vincent 2016, 112)

La voz del hermano mayor no llega. El biógrafo acude a las cartas para dar cuenta del sujeto que el joven Guevara construye en la distancia, sin dinero, ganándose la vida a desgano, en los márgenes, sin lugar fijo. Ernesto viaja, toma notas sobre sí mismo y sobre lo que lee para fijar la experiencia de inmediato y luego escribe un relato a partir de sus notas. Las cartas atestiguan el devenir metafórico de la vida en escritura, en proceso constructivo de la experiencia a través de la errancia:

Iba haciéndose cada vez más claro para nosotros que quería que lo tomaran en serio, que su compromiso maduraba. Seguía al propio tiempo errando por ahí, sin una misión concreta. Buscaba la válvula de escape, la causa que le diera impulso para comprometerse a fondo y consagrarle su existencia. Mientras, tomó una decisión: prolongar diez años su «vagabundaje». (114)

En una carta de 1953 Ernesto escribe: «Pese a todo mi vagabundaje, mi informalidad reiterada y otros defectos, tengo convicciones profundas y bien definidas» (113). En 1954 le comunica a la madre:

«América será el teatro de mis aventuras con carácter mucho más importante que lo que hubiera creído; realmente creo haber llegado a comprenderla y me siento americano con un carácter distintivo de cualquier otro pueblo de la tierra». (114)

En otra carta fechada en México el 15 de julio de 1956 que convence a toda la familia sobre su decisión de continuar el camino revolucionario, agrega:

«no creo de vos que prefieras un hijo vivo y barrabás a un hijo muerto en cualquier lugar cumpliendo con lo que él considere su deber. [...] Además es cierto que después de deshacer entuertos en Cuba me iré a otro lado cualquiera y es cierto también que encerrado en el cuadro de una oficina burocrática o en una clínica de enfermedades alérgicas estaría jodido». (133)

El sujeto Che se construye en el viaje, viaja para transformarse en otro y construir una experiencia y luego anotarla en su diario. Por su parte el biógrafo se define intersubjetivamente en la oscilación entre la errancia del Che por América buscando la experiencia y la escritura y el autoreconocimiento de quien transita de la calle al espacio de las élites:

Yo vivía prácticamente solo con la vieja y cada vez pasaba más tiempo en la calle; en esa época, el barrio en que vivíamos, a pesar de estar en el centro, era casi campestre. [...] Yo jugaba con varias vidas.

Mi existencia estaba compartimentada. Iba de la compañía de los chicos de la calle al contacto con los grandes de Argentina. (114-15)

La calle es un modelo de iniciación opuesto a la lectura y al viaje del hermano mayor, a la definición de la juventud, de una identidad no-nacional, de un joven siempre fuera de lugar que se debate entre descubrir el mundo o cambiarlo, en un permanente conflicto interior. El biógrafo señala como el diarista es perfectamente consciente de la ficción y el desdoblamiento que trae consigo la escritura de un diario de viaje que fija la experiencia y luego permite leer su propia vida como la de otro y reescribirla. Advierte que más allá del conflicto entre sinceridad y ficción, el diario de viaje y las cartas de Ernesto estrechan la distancia entre literatura y vida, son el camino para reincorporar la literatura al ámbito de la experiencia y construir un trayecto individual de conocimiento, para reconocerse a sí mismo y verse como otro. Ernesto lo anota al comienzo de *Mi primer gran viaje*: «el personaje que escribió estas notas murió al pisar de nuevo tierra argentina, el que las ordena y las pule (yo) no soy yo» (Piglia 2005, 112). En la época del compromiso y en el marco cultural de su tiempo, Guevara busca la experiencia pura y persigue la literatura, pero encontrará la política, y luego la guerra. Tal como lo señala Ricardo Piglia la tendencia de Ernesto Guevara a aislarse, construyéndose un espacio aparte, delata una

tensión entre la vida social y algo propio y privado, una tensión entre la vida política y la vida personal. Y la lectura es la metáfora de esa diferencia. (Piglia 2005, 107)

La marginalidad de la familia y el viaje errático coinciden con el espacio excéntrico que Ernesto comparte con su amiga Tita Infante tal como ella lo recuerda en su evocación del Che publicada en 1968:

«No pertenecemos nunca a ningún grupo ni cultural ni político común, tampoco a un círculo único de amigos. Ambos, por distintas razones, éramos un tanto extranjeros a esa Facultad, él quizá porque sabía que no podría encontrar allí sino muy poco de lo que buscaba». (Guevara, Vincent 2016, 301)

El biógrafo añade: «Ernesto sólo tenía una idea en la cabeza: largarse» (104). Sin un punto fijo en Buenos Aires, Ernesto se reparte entre varios hogares (de la madre, la abuela, la tía Beatriz, el padre) hasta que el forcejeo interior - lo escribe en la carta de noviembre de 1954 a Tita Infante - lo obliga a «huir de todo lo que molestaba [...] y seguir mi peregrinación por donde me llevan los acontecimientos...» (123). Se marcha para incorporarse a la vida, en busca de su metamorfosis: en una carta a su amiga expresa la posibilidad de encontrar el fun-

damento que lo legitime en el paradójico camino por el que se dirige al norte por el sur guiado por una idea de la política (el materialismo histórico) que permita el paso a otra realidad.⁴

Va al camino para construir la experiencia y registrar la inmediatez de lo vivido en una combinación que también lo relaciona con la beat generation norteamericana. Las cartas a la familia (el tono se hace cada vez más reflexivo, más serio, menos turístico) y los registros del diario acompañan el descubrimiento de la marginalidad y la pobreza latinoamericana, el encuentro con el otro (como paciente y como víctima) por parte del joven médico alergólogo. En el contacto con la diferencia pura, el viaje de Ernesto se transforma en experiencia médico-social. Relata a la familia sus pasos por el continente con una escritura muy directa, sin nada de la retórica que circulaba en aquellos tiempos en la palabra política y utilizando el uso coloquial y argentino del castellano como marca de identidad: el 'Che' lo identifica como argentino y lo diferencia dentro de América Latina. Su identidad de larga duración se construye a partir de la distancia como la de un sujeto en tránsito que habita el margen, y emprende un camino que lo aleja de un mundo clausurado, de la vida de un estudiante de izquierda de clase media en la Argentina.

5 Escribir y dar testimonio

Memoir, historia personal, ficción autobiográfica, *Mi hermano el Che* se sitúa también en el horizonte de reflexión en torno a la memoria y la historia reciente de la Argentina. Es un ejercicio de introspección de la generación de los sesenta. El relato de los 8 años, 3 meses y 23 días en las cárceles del régimen militar del militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores no es un intento de convertir el recuerdo de los crímenes y el terror militar en el núcleo de una nueva cultura ética democrática. Tampoco es una operación de cierre del pasado que reduce una enorme experiencia política y social a mera crítica de la violencia política. Mucho nos dice, en cambio, acerca de valores y creencias de la generación revolucionaria en la Argentina, y contextualiza en un medio familiar anticonvencional, hiperpoliticado y absolutamente refractario a la autoridad una experiencia militante que sería injusto evaluar con el escepticismo que retrospectivamente señale las razones de una derrota ineluctable.

Al salir de la cárcel el «preso, subversivo, comunista» Juan Martín Guevara (Guevara, Vincent 2016, 228) reconoce que la cultura de los setenta ha desaparecido dejando un vacío, un lugar que ya no existe.

⁴ Ernesto nunca volverá a Buenos Aires, salvo en agosto de 1961 por una visita relámpago de pocas horas tras la Conferencia de Punta del Este.

Lejos de ser una auto-apología, el *memoir* está vertebrado por un doble registro (Tassi 2007, 112): es un espejo que permite al narrador desdoblarse en una doble entidad. El yo del 'presente' reordena sus propias coordenadas espacio-temporales y dirige su mirada hacia la detención y «los años de plomo» para reconfigurar un estar en el mundo que asuma la derrota sufrida y los cambios ocurridos. De vuelta a la vida tras el largo viaje de la detención, el sobreviviente relata con una tensión extrema que surge del límite mismo de la capacidad de dar testimonio (Rella 2004, 112).

La vivencia dolorosa de la cárcel, el largo camino del decir concierne «las temporalidades de la memoria», como lo expresa Leonor Arfuch al referirse a las narrativas del yo en tanto proceso de elaboración de experiencias traumáticas:

en la dificultad de traer al lenguaje vivencias dolorosas [...], en el desafío que supone *volver a decir*, donde el lenguaje, con su capacidad performativa, hace *volver a vivir*, se juega no solamente la puesta en forma - y en sentido - de la historia personal sino también su dimensión terapéutica - la necesidad de decir, la narración como trabajo de duelo - y ética [...] y también permite comenzar a franquear el camino de lo individual a lo colectivo, la memoria como paso obligado hacia la historia. (Arfuch 2018, 68; énfasis del original)

Como afirma Jacques Derrida al referirse a la muerte del otro y a la reflexión especular que no cierra nunca sobre sí misma, la memoria tiene su finitud y la adquiere

solo grazie alla traccia dell'altro in noi, alla sua presenza irriducibile, in altri termini alla traccia *tout court*, che è sempre traccia dell'altro, finitudine della memoria, e quindi ricordo (*venir ou sou-venir*) del futuro. (Derrida 2017, 41)

Asimismo, el yo del 'pasado' justifica el recurso a la ficción para dar cuenta de las razones que lo impulsaron a hablar tras haberse negado por largo tiempo a hablar de Ernesto:

Por pudor, por acuerdo tácito con mis hermanos, por reacción contra mi viejo, que exageraba su papel de padre del Che en Cuba, y seguramente también por miedo. ¿Para qué correr el riesgo de proclamar que yo era su hermano? [...] Después de la dictadura, cuando el peligro desapareció, no me planteé seriamente la pregunta de saber por qué seguía aún sintiéndome tan a disgusto con la idea de evocar nuestro parentesco. Ernesto era mi hermano. El Che, mi compañero. Hablar sobre el Che tiene que ver con la época en que se haga. El tema sigue siendo muy personal. El Che era mi hermano antes de ser un héroe aureolado de gloria. Me daba

cierto reparo explotar su memoria, como tantos otros han hecho. Así es que guardaba silencio, sin dejar de verme continuamente confrontado con su imagen en las calles del mundo entero, donde seguía existiendo como leyenda. El mito es una realidad. [...] El fondo de la cuestión es por qué en el imaginario social el Che tiene esa importancia. (Guevara, Vincent 2016, 267-8)

Al conjugarse desde un presente, el proceso de elaboración de experiencias traumáticas delata la profunda historicidad de la memoria y lo hace - afirma Hugo Vezzetti -

en una doble marcación temporal: el presente del testigo respecto de aquello que recupera del pasado, y el presente del receptor, destinatario individual o colectivo, que recibe y se apropia de un testimonio que se ofrece como un encadenamiento complejo entre el acontecimiento, el tiempo del testimonio y el tiempo de la recepción. (Vezzetti 2009, 25)

Escribir y dar testimonio proceden del mismo lugar. Ese lugar es una ausencia, la comprobación de una distancia:

Pudimos constatar la realidad de la derrota sufrida. Todo esfuerzo revolucionario había quedado aniquilado. Era otro país. [...] El terrorismo de Estado había logrado su objetivo de generar terror y desazón. Constatamos asimismo las diferencias de análisis que sobre las causas profundas de la derrota teníamos - y seguimos teniendo - los que sobrevivimos. Argentina había cambiado profundamente. [...] Habíamos vivido los años de plomo encerrados, cortados del mundo. [...] Frente a la barbarie que acababan de vivir decenas de miles de víctimas, nuestras detenciones no iban a marcar la historia. (Guevara, Vincent 2016, 225-6)

Para que el lugar de los sesenta y setenta no siga siendo un sitio inhabitable, un olvido, hay que impulsar el diálogo entre las generaciones del pasado y el presente transmitiendo la singularidad del Che con la puesta en forma de una historia personal que implica una vocación de justicia:

Reivindico los ideales de mi hermano. Hablo en su nombre. [...] siento que el momento es propicio para la difusión de la filosofía de Ernesto. [...] El Che tiene el don de motivar. Hay que sacarlo a la luz. (290)

Me resultó especialmente entrañable una confesión que me hicieron los antiguos compañeros de lucha de Ernesto... Cuando combatían en Bolivia, Ernesto hablaba a menudo de mí. Un día les dijo que,

de todos sus hermanos y hermanas, consideraba que yo era su heredero espiritual, el que podía continuar su lucha y llevarla a buen término. En eso pienso hoy al escribir este libro. (245)⁵

Relato fundamentado en su carácter intersubjetivo, *Mi hermano el Che* le da primacía al valor biográfico tal como Bajtín lo plantea en su *Estética de la creación verbal* al destacar la amplitud de este concepto (Bajtín 1982, 136).⁶ En la confrontación rememorativa entre lo que el biógrafo era y lo que ha llegado a ser, y con un necesario gesto de desplazamiento, reconoce la inasible verdad de una experiencia irreductible surgida de un medio familiar fuera de lo común. Lejos de implicar la despoliticización de la figura del Che, el trabajo de duelo de Juan Martín transita el camino de lo individual a lo colectivo y nos plantea una identidad abierta a múltiples sentidos. Asume la tragicidad de la vida y la muerte del Che como una verdad real, y por lo tanto ambivalente, de la que hacerse cargo. En un intercambio de narrativas, instala la vocación de justicia de toda narración y reconfigura la relación entre espacio privado/familiar y la imagen pública del Che bajándolo del pedestal del mito. Realiza una identificación especular que, con la rememoración de su propia vida, modela la trayectoria ejemplar del hombre, hermano, lector, viajero Ernesto Guevara, pedagogo de sí mismo y de todos, que por su idea de la experiencia puede considerarse como «la experiencia misma y a la vez como la soledad intrasferible de la experiencia» (Piglia 2005, 136).

Bibliografía

- Arendt, Hannah (1989). *Vita activa*. Milano: Bompiani.
- Arfuch, Leonor (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, Leonor (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, Leonor (2018). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. Villa María: Eduvim.

⁵ Escribe Derrida que «alla morte dell'altro tutto resta 'in me' o 'in noi', 'tra noi': tutto *mi* è affidato, *ci* è lasciato in eredità o dato *a* ciò che chiamo memoria, alla memoria, luogo di questo strano dativo. Parremmo votati alla memoria, dal momento che dell'altro nulla sembra ora (*au présent*) più poterci pervenire, venire o avvenire (*à venir ou avenir*). [...] Il 'me' (*moi*) e il 'noi' di cui parliamo sorgono e si costituiscono in quanto tali solo attraverso questa esperienza dell'altro, e dell'altro come colui che può morire lasciando in me o in noi questa memoria dell'altro» (2017, 43-4).

⁶ Afirma Bajtín que «el valor biográfico no sólo puede organizar una narración sobre la vida del otro sino que también ordena la vivencia de la vida misma y la narración de la propia vida de uno: este valor puede ser la forma de comprensión, visión y expresión de la vida propia» (1982, 136).

- Bajtín, Michail (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Benjamin, Walter (2008). *El Narrador*. Trad., intr. y notas de Pablo Oyarzún. Santiago de Chile: Metales Pesados.
- Cavarero, Adriana (1997). *Tu che mi guardi, tu che mi racconti. Filosofia della narrazione*. Milano: Feltrinelli.
- Cortés Rocca, Pablo; Kohan, Martín (1998). *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón: cuerpo y política*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Derrida, Jacques (2017). *Memorie per Paul de Man. Saggio sull'autobiografia*. A cura di Silvano Petrosino. Milano: Jaca Book.
- Escobar, Roberto (2006). *La libertà negli occhi*. Bologna: il Mulino.
- Forest, Philippe (2004). *Il romanzo, l'io. Nella vertigine dell'identità*. Milano: Scuola Holden-BUR.
- Guevara, Juan Martín; Vincent, Armelle (2016). *Mi hermano el Che*. Trad. de Elena-Michelle Cano e Íñigo Sanchez-Paños. Madrid: Alianza Editorial. Trad. de: *Mon frère, le Che*. Paris: Calman-Lévy, 2016.
- Lejeune, Philippe (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Magazul-Endymion.
- Piglia, Ricardo (2005). *El último lector*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Rella, Franco (2004). *Dall'esilio. La creazione artistica come testimonianza*. Milano: Feltrinelli.
- Ricoeur, Paul (1985). *Temps et récit*, vol. 2. Paris: Seuil.
- Ricoeur, Paul (1993). *Sé come un altro*. Milano: Jaca Book.
- Taibo II, Paco Ignacio (2007). «Guevara ti osserva nella notte». Collo, Paolo; Filippi, Alberto (a cura di), *Guevariana. Racconti e storie sul Che*. Torino: Einaudi, 83-94.
- Tassi, Ivan (2007). *Storie dell'io. Aspetti e teorie dell'autobiografia*. Roma-Bari: Editori Laterza.
- Vallina, Cecilia (ed.) (2009). *Crítica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Vezzetti, Hugo (2009). «El testimonio en la formación de la memoria social». Vallina 2009, 23-34.
- Williams, Raymond (1988). *Marxismo y literatura*. Prólogo de J.M. Castellet. Barcelona: Ediciones Península.